

La Gata

La primera vez que me enfrenté a la muerte sucedió en esta misma casa, cuando murió la gata de mi abuelita. No era suya, en realidad, pero la gata y la abuelita hacían como que sí. Ni siquiera tenía nombre. Era, simplemente, La Gata. Una tarde apareció en la puerta de atrás, la que da al jardín. Mi abuela no la espantó como habría hecho cualquier otra abuela ni la echó a patadas ni le dijo *váyse diaquí*. Ni siquiera la miró por mucho rato como si La Gata fuera otra planta silvestre más como las malvas o las margaritas que no se arrancan y se dejan crecer porque son lindas y adornan el jardín.

La Gata tampoco dijo mucho. Se tumbó en el felpudo que decía *cuidado con el perro* y se echó a dormir. La abuela le ponía comida en un plato de latón y La Gata nunca decía que no. Era tan considerada que lamía hasta la última gota de salsa y agradecía restregando el hocico en las piernas de la abuela, enfundadas en gruesas medias de color carne, y se marchaba. Nunca supimos a dónde. A mí me habría gustado seguirla, pero la abuelita no me dejaba, tampoco es que me lo prohibiera pero me decía *déjela, hija, déjela que vaya*, a los gatos no se les puede obligar a nada. Si quiere que vuelva, *déjela que se vaya y que venga cuando le dé la gana*.

Un domingo, todo luz y benevolencia de las fuerzas de la naturaleza, La Gata dormía encima el felpudo y no se despertaba. Yo me acerqué corriendo, aunque de puntillas para no molestarla, empujada por mis manos que lo primero que ansiaban los domingos de visita a la abuela, era cruzar de punta a punta el templo de limpieza que era su casa y tocar aquel cuerpecito ovillado, mullido, caliente. Y a pesar de que sus orejas eran poderosos radares al acecho del más mínimo acercamiento o ruido, esa vez permanecieron inmóviles. Pronto descubrí que el mullido cuerpo estaba tieso y que el calor había sido colonizado por un frío que me hizo apartar la mano como si me quemara. Supe que La Gata estaba muerta. Yo hice como que no me daba cuenta, no se lo dije a nadie, cerré la puerta y me senté en la mesa. Pensé que si decía algo La Gata *se moriría de verdad*. Así que callé y mastiqué y engullí y bebí y entrechoqué los cubiertos y me comporté

con la comida tan agradecida como ella. No dejé nada en el plato y me limpié con la servilleta –me restregué el hocico- y seguí callando y me mantuve erguida, incapaz de mirar hacia la puerta y hacia nada en concreto, y esperé en silencio por el postre mientras mi padre discutía con mi tío con palabras que yo no era capaz de descifrar. Nos comen vivos, decía él. Verás cómo tengo razón y los tipos de interés bajan en un año, respondía mi tío. Ja, ja, ja, y una mierda, gritaba mi padre, dando por zanjado lo que fuera por lo que estaban discutiendo. Mastiqué los bordes del hojaldre de la tarta de frutas muy despacio, aparté los trozos de kiwi a un lado del plato y lamí la crema lentamente, intentado estirar el tiempo para que mi madre no dijera Emma, ya puedes salir a jugar, y no tener que cruzar la puerta y tropezarme con la verdad enroscada en el felpudo.

Hasta que mi padre salió a fumar el cigarro de después del café y dijo: Mamá, la gata... Dio la última calada, se aclaró la voz, se pasó la mano por la barba y volvió a decir un poco más alto: Mamá. La Gata está muerta.

Un pesado sentimiento de culpa me empujó hasta el umbral y dobló mis rodillas. El olor a lavanda del suavizante de la colada recién tendida me golpeó en la nariz. El llanto que llevaba conteniendo durante la comida rompió el dique de mi garganta y la tristeza se convirtió en asombro cuando vi cómo un montón de pulgas salían de entre la espesura de aquel pelaje, ora negro, ora naranja, ora blanco. Jamás se nos pasó por la cabeza que La Gata tuviera tantas pulgas. Una o dos o diez, puede. Solía rascarse con las patas traseras, aunque no tanto como para estar así de infestada; sin embargo, fue morirse y un collar de diminutas turmalinas negras irremprochablemente pulidas, partió esa tarde de aquel cuerpo infértil en busca de un sueño.

Mi padre la enterró, un par de horas más tarde, en el jardín, ignorando por completo que, un año después, justo una semana antes de mi noveno cumpleaños, sería a él a quien enterraríamos en el cementerio.